

LA FIESTA

Había también otra Nueva Inglaterra: la de la caza de brujas, la de la oscuridad eterna del reflujo calvinista, la de las leyendas de las partidas de caza que hacían sacrificios necesarios a los dioses más ancianos. En el borde desaliñado de Gloucester había una zona que yo iba a tener que explorar antes de regresar a Londres: Dogtown.

Greg Gibson pronunció una amable introducción de mi charla sobre Olson en el Museo de Cape Ann, aludiendo a mi rol de «co-comandante» del viaje en cisne a pedales por las aguas remansadas de Kent. A continuación se hizo a un lado, se apartó bruscamente, antes de que otros amigos del Writers Center, seguidos de un séquito de asistentes accidentales al evento, se trasladaran a un bar de ladrillo rojo llamado Alchemy.

Después de la formalidad de la charla, un interludio de nervios para patrocinador y artista, la comunidad de artistas de Gloucester encontró mesas, o lugares en la barra, y se aflojó los cinturones un par de muescas para apoltronarse con sus cervezas y sus pizzas. El derrame de emoción alrededor de la idea de Olson, en su ausencia, resultaba conmovedor. Una señora anciana que bajó cojeando lentamente las escaleras hacia la sala donde debía tener lugar la charla, sin levantar la vista hacia la pintura de los bañistas, se mostró complacida cuando le confirmé que,

ciertamente, estaba en el lugar indicado y yo era la persona en cuestión. Era veterana del Black Mountain College, adonde había llegado, sin saber muy bien cómo, huyendo de Viena. Artista, bailarina y escritora: igual que todos los demás.

Había presentes varios entusiastas jadeantes del poeta John Wieners, venidos de Lowell, con poemarios y revistas recién publicados. *A Book of Prophecies*: Wieners escribe sobre Olson y sobre su propia madre. Hace listas de poetas a los que ha conocido y de gente famosa a la que ha visto o con la que se ha encontrado en las calles de Boston. «Jean Seberg con abrigo azul en Stuart Street, Steve McQueen persiguiéndola». Académicos liberales de la misma ciudad llegando al bar en penumbra. Un hombre con coleta y cuaderno rojo había venido en autobús desde Nueva York. La charla informal, por encima del murmullo de las retransmisiones deportivas, del deslizarse y del derramarse de las jarras enormes y de las ruedas calientes de pizza, era un servicio religioso multitudinario en honor de lo que habían representado antaño Olson y Black Mountain; una sesión de espiritismo en la que los golpes de los vasos de chupitos sobre las mesas redondas escribían leyendas del difunto poeta, los ensalmos de sus cartas, las canciones compuestas a partir de los materiales en bruto de una comunidad obrera. Los amigables parroquianos del Alchemy estaban celebrando un velatorio sempiterno por Olson. Con un telón de fondo de negocios en bancarota y cobertizos para el pescado cerrados con candado. El Puerto Interior y el Exterior.

—Me ha interesado la conexión con Lovecraft. ¿De dónde la ha sacado usted?

¿Lovecraft? ¿De verdad yo lo había metido en la mezcla? El chaval espigado con camiseta de Bolaño estaba sorbiendo el agua de una botella de plástico como si fuera un ladrón de gasolina. Estaba nervioso por salir a fumar. El adorno para el torso que había elegido: *La literatura nazi en América*. Una impresión de la portada de *New Directions*. La imagen, cada vez que subía y bajaba la panza protuberante de aquel fan del rock gótico, se volvía

genuinamente lovecraftiana: un hombre gris, con materia vegetal obscenamente blanca pringándole la espalda aparentemente desnuda, dando tumbos con la cabeza por delante en dirección a una puerta que tal vez fuera un espejo cubierto, o bien el portal a una dimensión de horrores grotescos, innombrable y desgarradora de almas. No es que estuviera desnudo. Era peor todavía. Su espinazo estaba al descubierto, atravesaba la membrana de carne en plena metamorfosis reptiliana. Y lo que parecía ser la piel de la espalda de aquel hombre *no lo era*. Se le veía el final de las mangas. Aquella figura de pesadilla, igual que la emanación de cáliz de sangre del *Fantasma de una pulga*, de Blake, era incapaz de levantar la pesada carga de su cráneo. Se le distinguían claramente los espolones de hueso, una colita exterior que dibujaba un risco inquietante bajo la camisa de piel que aquel tipo tambaleante había cogido prestada de algún donante involuntario y desollado.

Recuerdo que Bolaño, en su directorio ficticio de autores fascistas americanos (de las dos Américas, la del Norte y la del Sur), mencionaba el hecho de que el padre de Rory Long (Pittsburgh, 1952-Laguna Beach, 2017) había sido «amigo y discípulo de Charles Olson». Yo me preguntaba cómo de ficticia era realmente aquella enciclopedia. Si le hacía algún comentario al fan del rock gótico sobre su camiseta, estaba claro que él me revelaría que Bolaño se la había regalado en una convención de ciencia-ficción celebrada en Albuquerque, tras asegurarle que *La literatura nazi en América* era reportaje, una veloz glosa literaria de las pruebas reunidas durante más de una década por un periodista mexicano indigente a cuenta de una parte de sus regalías futuras.

De acuerdo con la breve crónica esbozada por Bolaño, Olson había visitado al poeta Marcus Long, padre de Rory, en su casa de Aserradero, cerca de Phoenix. «Escondido debajo del porche, los escuchaba hablar mientras el crepúsculo de Arizona se fijaba para la eternidad.» Fue un momento de iniciación, una confirmación del destino, comparable con la iniciación que había

experimentado el propio Olson escuchando también a hurtadillas a los dos viejos que fumaban y miraban la puesta del sol sobre el mar en Stage Fort Park.

Educado en la teoría del verso proyectivo, en la libertad ilusoria de la poética del campo abierto, Rory llega a creer que es su destino ser «desde el cazador de la memoria de la tribu (el poeta) al receptor de la memoria de la tribu y parte consustancial del devenir de ésta (el lector)». Se embarca, pues, en una gira vertiginosa en el sentido contrario a las agujas del reloj por Nuevo México, Arizona, Texas, Oklahoma, Kansas, Colorado, Utah y de vuelta a su punto de partida, una choza en el desierto. Desilusionado, reducido a su esencia, decide que ha llegado el momento de leer *The Maximus Poems*. Terminada la lectura, se pasa tres horas vomitando antes de partir para perderse también entre los hippies subvencionados, las putas retiradas del servicio y los poetas yonquis con mono de los años setenta (los mismos que después se convertirán en tratantes de libros usados). Rory se plantea el suicidio pero acaba haciéndose escritor, emprendiendo una mezcla neurótica pero en última instancia efectiva de géneros: guiones especulativos, novelas abortadas, tiras cómicas con más texto que dibujos, panfletos y polémicas. Y a modo de tributo a la elocuencia fanfarrona de Olson, llega a la oralidad. La voz como forma. Rory Long predica, muchas horas seguidas, canalizando el ansia de su audiencia y devolviéndosela, para la Iglesia Tejana de los Últimos Días. La biografía es un mapa de carreteras que solamente tiene sentido con la muerte del sujeto, del escritor.

En la comedia absurda de Bolaño hay un meollo de verdad lo bastante grande como para sostenerla. Y para que nos preguntemos si acaso no habrá descifrado el código. Uno de los retiros de Olson era el rancho de Drummond y Diana Hadley en las montañas de las inmediaciones de Tucson. Tras un asalto agotador a la escena poética de California, y con «su movilidad limitada a los interiores de los coches» (en palabras de Tom Clark), puso rumbo a Arizona.

Cuando el gigante de Gloucester conoció a Drummond Hadley en Vancouver, lo atrajo el aura de energía y de seguridad en sí mismo que rodeaba a aquel hombre del Oeste. Clark, basándose en el testimonio de Ed Dorn, y en las entrevistas al propio Hadley, informa de que Olson exigió un jet privado, o por lo menos un helicóptero, que lo llevara a la remota finca a fin de poder escaparse con una mujer joven (y reticente) a la que había conocido en el simposio. «Lo único que Drummond pudo conseguirle con tan poca antelación fue la promesa de llevarlo en camioneta.» Pero fue durante aquella breve parada en Arizona donde Olson experimentó, con su cuerpo y con su ser, una visión del corazón de la realidad americana: no humo, sino tierra. Una purificación de las puertas de la percepción diseñada con el espíritu de Carlos Castaneda. Hadley condujo al poeta de Gloucester, posado como un cuervo enorme en la plataforma de carga de una International Travelall con tracción en las cuatro ruedas, hacia el Sur, hacia la frontera de México. El Pico Baboquivari, situado al Oeste, nos cuenta Clark, era sagrado para los indios pápago. Lo consideraban el centro del mundo. «Vengo de la última época en que el hombre iba a pie», dijo Olson. Trazó con el dedo tres palabras y las desplegó como si fueran contadores: *Madre, Tierra, Sola*.

El poeta inventado, Rory Long, fusión de muchos temas y geografías, con su biografía completa, todo lo que se podía saber de él, comprimida en seis páginas de prosa de Bolaño en traducción, se vuelve a Europa. Compone un texto sobre el amorío entre Ernst Jünger y Leni Riefenstahl, en los cielos, hueso contra hueso, lujurias vampíricas imposibles de aplacar. «¿Por qué viven tanto los nazis?», se pregunta, comentando que Rudolph Hess, el último prisionero de Spandau, habría llegado a los cien años de no haberse suicidado.

—¿Y Lovecraft? —me preguntó el fan del rock gótico, devolviéndome al momento presente, al bar de la calle Duncan.

—Pues no pasó nada especial. Visitó Gloucester en 1927 en una de sus extrañas giras. Me acaba de venir a la cabeza, en mitad

de la frase, que Olson en Gloucester y Lovecraft en Providence, Rhode Island, eran los dos caminantes, trabajaban casi siempre de noche y vivían más o menos a la misma distancia de Boston. Lovecraft tiene sus Mitos chiflados de Cthulhu, compuestos a partir de investigaciones arcanas, que son casi una parodia de los excesos de algunos discípulos de Olson. Yo mismo incluido. Y luego, hace muchos años, cuando todavía era estudiante —ahora es un performer establecido, escritor y académico en Oxford—, Brian Catling intentó que me interesara por Lovecraft mientras yo le insistía con *Call Me Ishmael* y *Human Universe*. La cosa no caló en ninguno de las dos direcciones.

El poeta más veterano residente en Gloucester, compañero de clase de John Ashbery en Harvard y amigo de Olson, era Gerrit Lansing. Lansing había estado presente en la velada de crema de marisco, pan blanco recién hecho, vino y conversación que habíamos celebrado después de mi recorrido en barco por la bahía. Aunque no se había acercado al agua. Ahora tuvo la generosidad de hacer de anfitrión para el público de mi charla, que se congregó en su casa después de pasar por el bar Alchemy.

Los faros del coche de Henry Ferrini barrieron la entrada de la casa mientras subíamos a la acera y cogíamos la cuesta que llevaba a las ventanas iluminadas de la casa no adosada. La mayoría de invitados se había reunido en la cocina. La propiedad de Lansing estaba en el lado oeste del pueblo, una avenida tranquila y un poco más alejada de la costa que la casa donde la familia Olson se había alojado durante aquellas vacaciones estivales de tan grato recuerdo.

Después de rellenarme la copa, nuestro anfitrión, el patrocinador de la escena entera, me llevó aparte al sofá de otra sala donde teníamos más privacidad.

—¿Se pronuncia Méichin o Máken? —me dijo. Un poco como el jugador de rugby rebelde de *El ingenuo salvaje*, de David

Storey, interpretado por Richard Harris, le contesté—. Ah, Máken, Máken —probó a decir él, satisfecho.

Arthur Machen, fabulador de las fronteras galesas, vagabundo de los caminos vecinales de Londres, era una pasión que compartíamos los dos, un tema seguro con el que iniciar una conversación entre desconocidos. Muchos poetas británicos, algunos de ellos amigos míos, se habían alojado en aquella casa.

—Lee Harwood estuvo aquí el año pasado.

Igual que Olson, Lansing estaba fascinado por Jung, y por la noción de la poesía entendida como magia. Tenía una fotocopia de *Lud Heat*, una rareza que yo me había autoeditado en 1975, de la época en que tenía suerte si me pagaban por cortar hierba en Isle of Dogs, o por recoger botellas de jerez rotas de los terrenos de las iglesias de Hawksmoor. Los libros, me sugirió Lansing, servían para más que decorar habitaciones, y yo estuve feliz de mostrarme de acuerdo con él.

Un coleccionista de William Burroughs llamado Jed Birmingham se puso a hurgar en tres cajas de revistas de formato pequeño y encontró un ejemplar «ajado» de una antología titulada *A Controversy of Poets*. Emocionado al ver que tenía una quemadura de cigarrillo «del tamaño de una moneda de diez centavos», se convenció a sí mismo de que aquella cicatriz se la había infligido Charles Olson durante una de aquellas noches enteras que se pasaba monologando y dando puñetazos en la mesa. Se acordaba, tal vez, de la «triste fiesta» en la cabaña de Ferrini, en la que Vincent, en compañía de Olson y de Lansing, había estado bebiendo y debatiendo su recepción del libro revolucionario de Don Allen, *The New American Poetry*. Olson, en carta a Allen, le había comentado en tono maravillado que «aquel hombrecillo —Ferrini— tenía el corazón roto en todo lo que decía.»

El momento de máxima emoción, de cara a la conexión entre la quemadura de cigarrillo y Olson, llegó cuando Birmingham descubrió la firma del propietario del maltrecho ejemplar: *Gerrit Lansing*. Volvió a mirar la introducción de Lansing a las

Letters to the Gloucester Times, de Olson, publicadas por la editorial Ten Pound Island Books de Greg Gibson. «Fueron sus ojos los que me llamaron la atención y los que se fijaron en mí cuando me acerqué por primera vez al hombre sentado tras la mesa del 28 de Fort Square.»

Gerard Malanga, actor en *Chelsea Girls*, *Vinyl* y *Kiss*, de Andy Warhol, había estado de invitado en casa de Lansing cuando entrevistó a Olson para *The Paris Review*. Birmingham decidió ahora que Malanga había cogido prestado el ejemplar de Lansing de la antología y se lo había llevado a Fort Square, donde un Olson cada vez más irritado, ventilándose sus Camel con bocanadas roncas, había hecho un agujero en una página que le ofendía. «Nunca en la vida, ni en los juzgados ni en secreto», dijo el poeta, enfurecido, «me han hecho preguntas así. Creo que es usted un agente de una potencia extranjera. Signor Malanga, voy a delatarlo ante su nación.»

Gerry Lansing era de buena familia, un hombre de abolen-go, hospitalario con nuestra cohorte fluctuante de desconocidos. Hablamos, pero por culpa de los movimientos de la fiesta y de la gente que exigía su atención, no conseguimos avanzar más allá de las cortesías sociales. Lansing era una de esas figuras a las que todas las memorias hacían alusión con afecto pero a las que nunca se veía en primer plano. Un extra de Henry James en una crónica de Hunter S. Thompson. Hacía gala de un estilo y de un jersey juveniles y despiertos, pero situados fuera del tiempo: igual que un retrato de Marsden Hartley en una sala del piso de arriba del Museo de Cape Ann, un poco más joven y un poco más elegante a cada año que pasaba.

Jonathan Williams, editor de Stuttgart que había publicado *The Maximus Poems 1-10* durante su servicio militar en el extranjero, atribuía a Lansing el haberle presentado a su pareja de toda la vida, Tom Meyer. «Estábamos hablando de las cosas de siempre y en un momento dado le dije a Gerrit: Dios mío, cómo me cansan estos poetas heteros de tercera. ¿No hay ningún buen poeta gay? Y resultó que Gerrit conocía a Tom y me sugirió que le escribiera.»

De joven, Williams frecuentaba la Argus Bookshop de Nueva York; cuando terminó con Lovecraft empezó con la poesía. Solamente cuando ya no le quedó absolutamente nada de Lovecraft por adquirir, ni una sola contribución o carta fugitiva, se puso con Olson.

Richard Owens, escribiendo sobre Williams poco después de su muerte, lo llamó «biblioteca viviente». Había tocado, manejado y absorbido una cantidad inmensa de literatura; se había especializado en encontrar lo re-olvidado, lo retirado, a los dioses convalcientes del modernismo heroico. Los había fotografiado en sus guaridas de Nuevo México, Colorado, Brooklyn o la frontera de Gales: asombrados, orgullosos, expuestos. Pero también era caminante; había recorrido mil quinientas millas de la Ruta de los Apalaches y había deambulado por gran parte del Norte de Inglaterra, Francia y España, antes de regresar a su base de operaciones cerca del Templo Cuáquero de Brigflatts, en Cumbria. El hogar que compartía con Tom Meyer.

Se estaba empezando a revelar una geometría americana secreta gracias a las figuras opuestas de Charles Olson y H.P. Lovecraft: las caminatas como fugas y el deleitarse en la magia (sin iniciación). Gerrit Lansing, recordado y aludido pero casi nunca fotografiado, hacía de guía, testigo o mediador. Permanecía suspendido, un remolino cambiante de elegantes superposiciones de sí mismo, mientras que Olson seguía siendo una ausencia escandalosa. «Echo mucho de menos la presencia de Charles», dijo Jonathan Williams. «No se marcha. Es alguien que sigue contigo.»

¿Cuánto llegó Lansing a adentrarse en la práctica de la magia ritual? Estaba anunciado que haría una lectura privada para el Knights Templar Oasis con ocasión de su Simposio Thelémico. Los promotores de este evento presentaron a su distinguido invitado diciendo que pertenecía a la tradición de Aleister Crowley y que como poeta era capaz de someter al universo entero a su voluntad individual. «Todo lo que percibe es, en cierto sentido, parte de su ser.» Su alquimia no era la transmutación social de la pizza

y su cerveza del bar de Gloucester en cotilleos y especulaciones, a través del alambique de los poderosos jugos digestivos y los chupitos de whisky. Lansing era un investigador cuya misión consistía en disolver la experiencia a fin de «ascender la escalera de la médula espinal visionaria para emerger en el sol de mil pétalos».

Todo lo cual nos llevó, tras darles unas cuantas vueltas más a Arthur Machen y Algernon Blackwood, a ese otro tema tan amado por los poetas. El mecenazgo. La financiación de proyectos imposibles. La situación para Olson durante los primeros meses de 1960, empantanado en sus investigaciones para *Maximus*, lo incapacitaba para encontrar un empleo normal y corriente. *Ya estaba* empleado. Las noches eran largas. Los ricos aficionados al arte de la escena neoyorquina, coleccionistas de poetas de moda, alquilaban casas de veraneo en Gloucester. Olson presentó sus respetos a Panna Grady, una joven que mantenía a flote a una gran parte de la contracultura de ambos lados del Atlántico. Grady estaba compartiendo vivienda durante las vacaciones con John Wieners, en los márgenes del pueblo, cerca de Dogtown. Wieners era miembro de Black Mountain, colega y amigo. Había sido él quien había inventado, corriendo no poco riesgo lingüístico, la excéntrica nomenclatura alternativa del estado de estar viniéndose abajo, «estar demoliéndose uno»: telegramas intermitentes desde habitaciones de hotel para pasar el mono en Boston o en San Francisco.

El pez gordo milloneta era John Hays Hammond Jr., un excéntrico jubilado que se había construido un «Castillo Medieval» en el promontorio, a unas millas de allí, en la misma costa, muy por encima de un arrecife de naufragos, en un enclave protegido llamado Magnolia Shore. Hammond era inventor de sistemas de guía subacuáticos para la marina y también se lo conocía como el «Padre del Mando a Distancia». Había usado su fortuna para hacer que unos mamposteros finlandeses le construyeran un capricho digno de Disneylandia hecho de piedras traídas de las ruinas góticas de Europa. Olson describió sus bóvedas como claustrofobia manifiesta sacada de *La mascarada de la Muerte Roja*.

El castillo tenía citas desencaminadas de todas las eras ocultistas conocidas por la arquitectura. Sesenta y nueve «escalones aztecas» bajaban a una cripta en forma de pirámide invertida situada al borde del agua; una ubicación preparada de antemano, bajo su propia supervisión, para colocar la tumba del inventor. Cuando un mecenas en potencia empieza a trazar planes funerarios grandiosos y a llamar «museo» a su ridícula mansión junto al mar, es hora de mirar a otra parte.

Gerrit Lansing hizo las presentaciones. Y Olson, usando de intermediario a Ferrini, presentó una solicitud de una beca de diez mil dólares al año, durante cinco años, para levantar el andamiaje necesario de *The Maximus Poems*. En un mundo mejor, habría sido una proposición modesta. Para Hammond, un hombre adinerado, capaz de anticipar la necesidad de un aparato eléctrico de mano que salvara a la humanidad del esfuerzo tedioso de cruzar la sala hasta la tele para cambiar de canal, era una miseria. Olson hizo lecturas en el castillo, pero también se vio a sí mismo coaccionado para acabar metido en situaciones dignas de la Familia Addams: hacer de ujier extragrande en las puertas y ofrecer folletos y canapés antes de la velada cultural-mágica de turno. Vincent Price y Vincent Ferrini, mano a mano.

Después de explorar Stage Fort Park y de ubicar el banco de Olson y la roca con la placa que alardeaba del lugar en que, en 1623, «una compañía de pescadores y granjeros de Dorchester, Inglaterra, bajo la dirección del reverendo John White, fundó la COLONIA DE LA BAHÍA DE MASSACHUSETTS», me alejé por la carretera en busca del Museo Hammond.

Hacía buena temperatura y el asfalto reflejaba el calor; la calzada elevada reverberaba y se mecía. Una serie de bosquecillos bien cuidados suministraban sombra y preservaban la vida, si es que había alguna, dentro de unas espectaculares parcelas con vistas al mar. A medida que me acercaba a Magnolia Shore vi más casas blancas en ubicaciones elevadas, cada una del tamaño justo

para acomodar a una ardilla, pero inmaculadamente diseñadas. Aquellos retiros en miniatura tenían tejados de tejas y una precisión de detalle digna de una maqueta arquitectónica.

Las ventanas en arco de las carísimas ruinas del Castillo Hammond reflejaban la luz danzarina del mar que dominaban. La zona de aparcamiento estaba desierta y el museo cerrado. Dos trabajadores pararon con el coche para comerse su almuerzo. Aventurándose a un metro de distancia del coche de su familia, una mujer intentó sacar una foto bastante complicada a través del exuberante follaje dorado. Su marido, encogido al volante, estaba nervioso. Había leído bien a Stephen King. Había visto películas sobre lugares extraños de los bosques de Nueva Inglaterra.

La placa que fotografié en Stage Fort Park era la misma que había llevado los pensamientos de Olson hasta el otro lado del Atlántico. «Quiero ir a Inglaterra muy pronto», le dijo a Ferrini, «para informarme y demostrar que John White ya tenía este pueblo en mente antes incluso de saber qué era, como sitio desde el que zarpar a pescar.» Refiriéndose a Dorchester. Otro museo. Una región recia. La región de Powys. Las razones para fundar allí una colonia resultaban fáciles de entender en un día de octubre tan resplandeciente. Half Moon Beach atraía a las parejas y a la gente de picnic hasta sus rocas mamíferas. Allí modelaban y remodelaban sus cariñosos grupos, recreando inconscientemente la pintura de los bañistas que yo había estudiado a modo de preparación de mi charla.

Después de la muerte de Olson a los cincuenta y nueve años, el 10 de enero de 1970, se encontró un manuscrito en el apartamento de Fort Square. Un fragmento que era la totalidad.

Ahora empiezo a
Irme, oídme
Os he mandado el
Mensaje, me he
Ido.